

ORIGENES DE LA DEUDA

Juan José Monsant

El origen de la deuda externa latinoamericana debe ser considerado en forma diferente a la hora de su renegociación con la banca acreedora. Para su análisis se debe tomar en cuenta, no sólo cómo nació el fenómeno del endeudamiento general de los países del Tercer Mundo, del Este, de Europa Oriental y de los mismos estados industrializados a la manera capitalista, como fue el caso de Inglaterra, sino que también se impone, por apego a la veracidad y objetividad, el estudio de aquellos casos en los cuales los países se endeudaron para demostrar las bondades de un modelo económico y que hubo necesidad de sostenerlo por medio de la utilización de la fuerza del estado y aquellos otros en los cuales los estados se endeudaron por simple irresponsabilidad de sus gobiernos que pretendieron atender a principios populistas de satisfacción inmediata de necesidades en detrimento del futuro de sus pueblos.

EL PROBLEMA Y SUS BENEFICIARIOS

En la década de los setenta se produce una reestructuración positiva en los precios de las materias primas, principalmente en el del petróleo. La guerra del Medio Oriente y el bloqueo árabe a los países que comerciaban o fueron aliados de Israel ayudó sustancialmente a que los precios del petróleo se quintuplicaran, pasando del irrisorio precio de los 3.40 dólares a la cifra de 19, 25 y 34 dólares el barril en apenas diez años. El mundo industrializado se enfrentó a la cruda realidad de que hasta ese presente el crudo abundante y barato había estado financiando el desarrollo y la calidad de la vida de sus respectivos pueblos en detrimento de los países productores, carentes de ciencia y tecnología y las más de las veces de regímenes estables que ofrecieran continuidad.

El año de 1973 marcó definitivamente una nueva realidad para la comunidad internacional en lo que a sus relaciones económicas se refiere; nace también una nueva terminología creada en el Tercer Mundo para referirse a la necesidad de organizar las finanzas mundiales de una manera en que los países menos desarrollados no soportaran el peso de la industrialización de los países ricos. Por su parte, las empresas petrole-

ras más importantes, conocidas con el nombre de las Siete Hermanas, experimentan en esos años de la subida de los precios del petróleo unas ganancias tales como nunca antes habían conocido, producto de la venta del crudo en el mercado llamado spot, esto es, bajo el régimen del comercio libre, fuera de la OPEP o cualquier otra restricción, gubernamental o no. El bloqueo árabe benefició ampliamente a los accionistas de las compañías comercializadoras de petróleo, muchas de ellas integradas por ciudadanos de origen hebreo. De esta forma, las empresas se vieron en la necesidad de invertir ese dinero ganado, en investigación o en nuevas inversiones. Ante una economía restringida por el impacto del nuevo precio de los combustibles, la banca privada captó el dinero sobrante que a su vez debía invertirlo para justificar su objetivo económico: préstamos a corto, mediano y largo plazo, tanto en el mercado interno como en el externo.

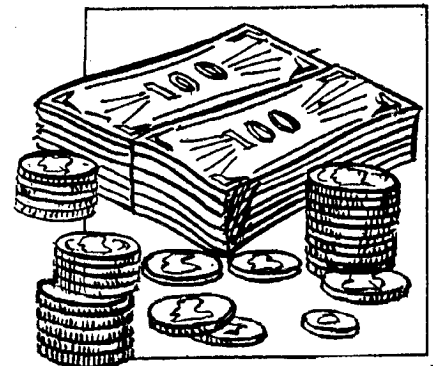
Los Estados Unidos recibieron miles de millones de dólares que debieron movilizar, el gobierno aumentó su deuda interna al propio tiempo que la economía en tiempo de Carter se restringía, los intereses aumentaron hasta en un veinte por ciento. Al propio tiempo los países del Tercer Mundo y en especial aquellos productores de petróleo iniciaron, bajo el amparo del espejismo de la industrialización, planes gigantes para el desarrollo al modelo capitalista. Se necesitó invertir sus propias ganancias en la banca internacional, principalmente la norteamericana, Venezuela hizo lo suyo en su propio nivel —Fondo de Inversiones—: La banca privada por primera vez inició a su vez una política hasta ahora reservada casi exclusivamente a los gobiernos o entes financieros multilaterales: Préstamos que se refinanciaban rápidamente a gobiernos extranjeros ávidos de emprender su industrialización o financiar su propio déficit o pagar los nuevos precios de los combustibles y de bienes de capital, ahora más caros como consecuencia de los nuevos precios de los combustibles industriales. La banca internacional observó con complacencia cómo podía hacer circular su capital, vivir de los intereses y no tener necesidad de afrontar ni ella ni los inversionistas particulares, los temores de le-

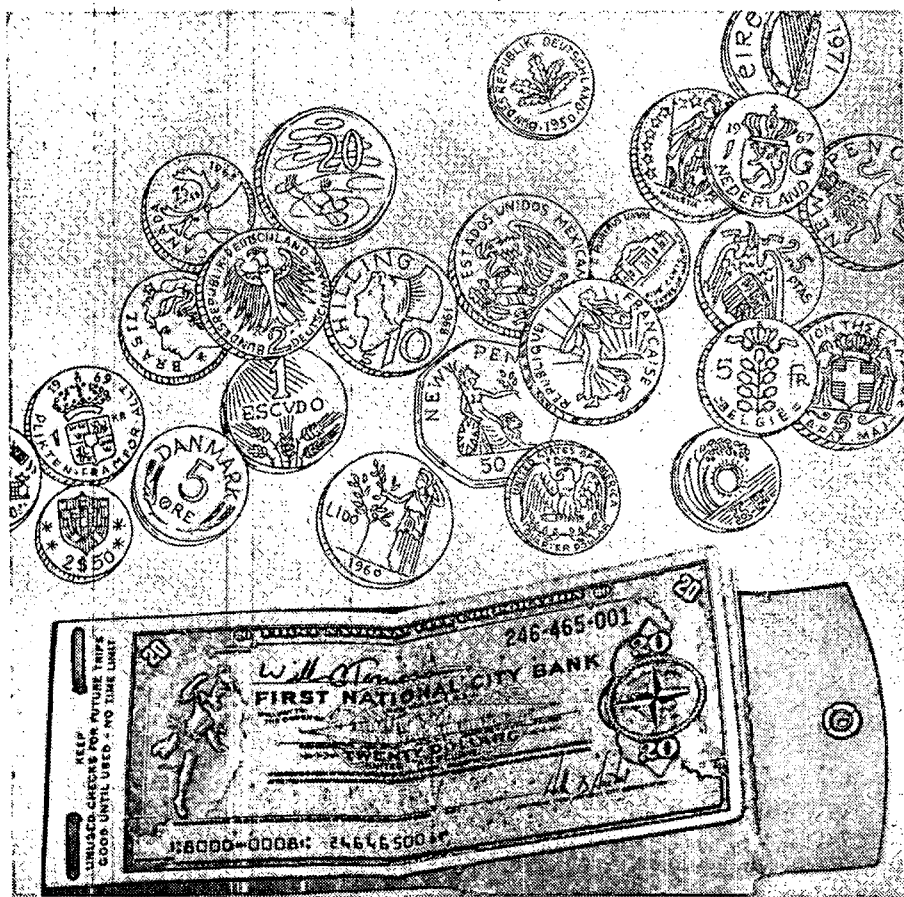
yes nacionalistas, expropiaciones e inseguridades que se producen normalmente en el Tercer Mundo frente a la inversión extranjera directa.

LAS CAUSAS DE LA DEUDA

Dos causas importantes se pueden señalar en consecuencia sobre el origen del endeudamiento acelerado y en las magnitudes conocidas del Tercer Mundo: La banca privada inició una nueva política de préstamos directos a los Estados y la necesidad de desarrollar rápidamente por medio de un dinero extranjero y privado menos exigente que el gubernamental, todo ello bajo la creencia keynesiana de que el endeudamiento progresivo es sólo un costo más a considerar en la inversión del desarrollo y que debe ser tomado en cuenta sólo en el aspecto de sus resultados finales.

Las cifras del Banco Mundial señalan la forma en que la banca extranjera, principalmente la norteamericana, aumentó en menos de diez años sus acreencias en el Tercer Mundo. En 1973 la banca privada era acreedora del 49 por ciento de la deuda externa del Tercer Mundo; en 1981 lo fue del 57 por ciento. Muy pronto el mundo en desarrollo se acercó a la cifra de los quinientos mil millones de deuda, correspondiendo a la América Latina cerca de los doscientos mil millones del total de esa deuda. Este crédito fácil cautivó igualmente a los países de la Europa del Este. Así Polonia vio peligrar su economía y su régimen político ante la presión de la banca internacional para hacer efectivos los 25 mil millones de dólares que había contraído en deuda. Pero fueron países como Brasil, Argentina, México y Venezuela los que en nuestra América iniciaron un proceso de endeudamiento bajo la creencia unos de las bondades que





tarios o inducidos y millares de desaparecidos en tumbas colectivas— sólo vieron dismantelar su parque industrial, quebrar innumerables bancos, separar la brecha entre su desarrollo y el de los países acreedores y por supuesto acumular una deuda externa como nunca antes había conocido la humanidad, particularmente con aquella banca y con aquel gobierno que había respaldado por todos los medios, incluso el militar, el ensayo económico emprendido. No fue sólo el fracaso de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay; también lo fue el de los Estados Unidos de Norteamérica y su Escuela de Chicago. Sólo que la banca privada norteamericana ahora se retira, luego del fracaso de su inversión, con acreencias respaldadas por el FMI y con mayores ganancias por la subida de la tasa de intereses. Y estos países quedaron definitivamente más empobrecidos que antes de las dictaduras militares, quienes, a su vez, incapaces de soportar la quiebra de sus respectivas economías, de no saber manejar la crisis y ante la opinión pública internacional, iniciaron un proceso de “democratización” a fin de que los civiles garanticen el pago de la deuda, la estabilidad política, la justicia social y al mismo tiempo el desarrollo del país. Todo dentro de una concepción de libertades individuales y colectivas que justifique el cambio político.

ofrecía un modelo económico determinado, esto es, el monetarismo o neo liberalismo fridniano o de la llamada escuela de Chicago, como fue el caso de Brasil, Argentina, Chile y Uruguay y por otra parte la convicción de que los precios del petróleo se mantendrían estables o en todo caso tenderían a subir en el mercado internacional, como fue el caso de México y Venezuela.

Como consecuencia de la recesión mundial y el monetarismo impuesto por la administración Reagan, los precios en general de las materias primas tendieron a bajar a cifras peligrosas para los países productores; de igual forma el precio del petróleo se restringió y la misma OPEP entró en crisis al iniciar algunos de los estados miembros ventas por fuera de la cuota establecida, con el fin de continuar su nivel de vida a pesar de la baja en los precios. La banca internacional aumentó sus intereses activos y pasivos y nuevas cargas se acumularon al capital adeudado por cuanto hay que tomar en cuenta que los gobiernos discuten capital y plazo con los acreedores, pero no la tasa de intereses que se deja a la libre fluctuación. Es así como el 67 por ciento de la salida de capital del pago de la deuda correspondió al pago de los intereses normalmente más altos a los

cobrados internamente en los países industrializados acreedores.

DICTADURAS MILITARES

Pero también hay otro aspecto relevante con respecto a la deuda latinoamericana y que debe ser tomada en cuenta a la hora de analizar las causas y sus efectos políticos y económicos. Ligada al esquema del desarrollo económico neo liberal, los países del Cono Sur implantaron dictaduras militares como nunca antes había conocido el continente, por lo menos en su ferocidad. La doctrina de la Seguridad Nacional fue esgrimida para garantizar la paz social necesaria para sostener el proyecto económico elegido; sus Fuerzas Armadas se convirtieron en tropas de ocupación en su propio país y frente a su propia población. Los Estados Unidos en la década del setenta y principio de los ochenta respaldaron ampliamente este proyecto íntimamente ligado a su concepto de seguridad hemisférica y al del monetarismo neoliberal. Los préstamos, ayudas y asistencias norteamericanas públicos y privados se volcaron sobre estos países donde diez años después —diez años de represión, violación de todo tipo de derechos humanos, sacrificios de toda índole, exilios volun-

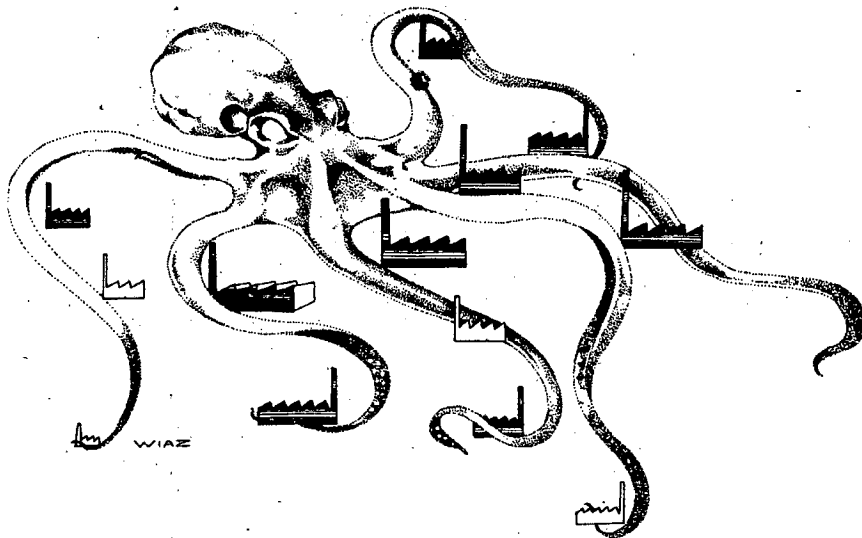
TRATAMIENTOS DIFERENTES

Frente a esta realidad se impone



en justicia y también por razones prácticas que los países del grupo de Cartagena, es decir el formado por los deudores latinoamericanos, inicien una serie de diálogos con los países acreedores, principalmente con los Estados Unidos, a fin de obtener un tratamiento diferente y especial para aquellos estados que inician un proceso de democratización, porque no es posible que estos nuevos regímenes civiles y democráticos carguen con deudas y lastres dejados por dictaduras militares apoyadas por los mismos países acreedores. Si estas democracias que se reinician, a la manera formal, deben hacerlo con todas estas cargas, difícilmente podrán salir adelante por falta de viabilidad económica y sobre todo porque ellas no podrán aplicar la represión inmisericorde contra un pueblo sometido a las restricciones del FMI. Son pocas en realidad las condiciones diferentes que serían aplicables: plazos más largos para el pago de la deuda, intereses por debajo a los actualmente cobrados y congelados a esa tasa y posibilidad de un desarrollo equilibrado y armónico al garantizarse un mercado externo en los países acreedores para aquellos productos originarios de esos países deudores. Esta salida no sólo es un acto de justicia sino también una manera práctica de garantizarse el pago de la deuda y la viabilidad del sistema democrático, pues en caso contrario difícilmente estos países estarán en condiciones de asumir su compromiso ante su propio pueblo y ante los acreedores, quienes se verán dueños de nada.

Distinto es el caso de Venezuela y México; ellos no tuvieron necesidad de aplicar la Doctrina de Seguridad Nacional, ni de ensayar esquemas neo liberales, ni de endeudarse aceleradamente para financiar el déficit presupuestario ante una no captación de divisas, ni de equilibrar su balanza comercial. Gozaron de altos precios para sus hidrocarburos, de mercados seguros para su materia prima y de la posibilidad de dirigir desde el Estado un desarrollo planificado que garantizara la equitativa distribución de las riquezas. A cambio de ello sus respectivos gobiernos endeudaron irresponsablemente a sus pueblos, a fin de financiar una falta de decisión económica y un populismo creciente con marcado carisma electoral. Sus gobernantes fueron sólo distribuidores del poder, usufructuarios de él, pero obviamente no fueron estadistas, en el sentido de hombre gobierno cuya actuación está signa-



da por el cuidado del beneficio del interés mediano y futuro de sus gobernados y de la continuidad del Estado. A esta altura, nadie en Venezuela sabe exactamente el destino de la deuda contraída, dónde están las obras de desarrollo, las represas, los caminos vecinales. Todo lo contrario: por doquier se observan obras inconclusas, abandonadas, derruidas. Nuestro nivel de vida se deterioró y aún más se deteriora hoy ante la necesidad de enfrentar el pago de la deuda externa y satisfacer las aspiraciones de un sector del empresariado privado. A la par de ello se observa con impotencia cómo el monto de la deuda pública es equivalente a los ahorros e inversiones del sector privado en el exterior, por lo que se

deduce que buena parte de la deuda contraída fue para financiar las inversiones particulares en el exterior.

Como se puede constatar el tratamiento de la deuda latinoamericana no puede dársele el mismo tratamiento para todos los países. Unos se endeudaron para probar las bondades de un sistema económico que fracasó aparatosamente y otros lo hicieron por irresponsabilidad criminal. Los primeros deben compartir su riesgo con sus cómplices o socios en el ensayo; los segundos deben cargar con su responsabilidad histórica aunque es justo reconocerlo, quienes en México y Venezuela soportarán la carga será su población y no sus dirigentes públicos y privados quienes seguirán usufructuando del sistema.

COMPOSICION DE TEXTOS

PARA REVISTAS, LIBROS Y TEXTOS PUBLICITARIOS

30 tipos diferentes de letras

en la redacción de esta revista